

GEOLOGIA.

(VEASE LA PAGINA 180.)

ARTICULO II. ESPOSICION DE LOS HECHOS.



A tierra tiene la forma de un esferoide ligeramente aplanado hacia los polos, y las tres cuartas partes de su superficie, próximamente, están ocupadas por los mares, del seno de los cuales se elevan en diversos lugares partes sólidas, mas ó menos extensas, que se llaman tierras. Al rededor del polo norte es en donde las tierras están particularmente agrupadas, y constituyen dos inmensas masas llamadas *continentes*, que se prolongan mas allá del ecuador. Hacia el sur no hay mas tierras que las que forma la *Australia*. Por lo demás, aquí y allá existen una multitud de *islas* pequeñas, unas veces enteramente aisladas, otras reunidas en numero considerable, formando lo que se llama *grupos de islas* ó *archipiélagos*, y tambien alineadas siguiendo ciertas direcciones.

El globo *terraqueo* está rodeado de una sustancia fluida y rara, que se llama *aire*, y que toma el nombre de *atmosfera* cuando se considera el todo. Este aire, ademas de sus movimientos irregulares, cuyas causas no son aun del todo conocidas, tiene movimientos constantes, tales como el que lo lleva del este al oeste, y el que lo arroja del ecuador hacia los polos, y de estos al ecuador. El agua tambien tiene sus movimientos irregulares y sus movimientos periódicos: tiene uno de perturbacion producido por los vientos; otro regular, llamado de flujo y reflujo, causado por la influencia del sol y de la luna, y, finalmente, otro verdaderamente admirable, que llamaremos de *circula-*

cion, por el cual las aguas pasan del vasto depósito de los mares, por la evaporacion, á la atmosfera, y de aquí á la superficie de las tierras y á las concavidades de las montañas, saliendo de estos receptáculos por innumerables canales que la vuelven á conducir al seno del oceano, de donde parte nuevamente para vivificar la naturaleza, para animar la creacion y para satisfacer á las necesidades de la multitud de seres que ha colocado Dios en toda la estension del mundo.

La tierra, así como el aire, y el agua, experimenta igualmente movimientos, por los cuales las partes sólidas que las constituyen, constante ó accidentalmente cambian en sus relaciones. ¿Y no es muy probable que la rotacion que ha producido el aplanamiento de sus polos, continúe ejerciendo su influencia, siendo sus efectos ménos sensibles por el aumento de la densidad? Y no es probable tambien, que la ley de gravitacion ó de presion produzca un endurecimiento progresivo del globo?... Ademas de este movimiento, que llamaremos de *concentracion*, hay otro contrario, que nombraremos de *expansion*, por el cual la tierra arroja á su superficie las inmensas cantidades de materias que salen por cerca de cien bocas volcánicas. Tambien experimenta frecuentemente la tierra movimientos accidentales vibratorios, llamados *temblores de tierra*, cuya verdadera causa, aunque ya sospechada, no es completamente conocida.

De la masa interna del globo.

La tierra, cuya superficie nos parece tan den-

igual y tan llena de asperezas, ofreceria, si fuera posible mirarla toda entera desde lejos, el aspecto de un globo pulido é igual, tal como podria salir de las manos de un artifice; porque esas desigualdades son estrechamente pequeñas, casi insignificantes comparadas con el tamaño de la tierra; y si suponemos el esferoide terrestre representado por una bola de tres pulgadas de diámetro y queremos indicar sobre él esas asperezas, las más altas montañas y las barrancas mas profundas serán tan pequeñas relativamente que no podremos distinguirlas ni aun por medio de un microscopio.

Por lo que respecta á nosotros, átomos imperceptibles que vegetamos sobre la tierra envueltos por la capa de aire húmedo que la rodea: no hay expresion con que poder pintar la cordad de nuestro tamaño, y la debilidad de los medios que empleamos para conocer el universo, que son, sin embargo, tan fecundos en resultados tan interesantes y que colocan al hombre en una posicion tan superior, dando una prueba admirable de la estension inmensa que concedió Dios á su entendimiento; pues ayudada de este don divino, esa criatura tan poco significante, ha medido la tierra, cuyas dimensiones la asombran; ha medido tambien el sol, un millon de veces mas grande que ella; ha calculado la distancia que lo separa de este astro, cuyo brillo no pueden reflejar sus débiles ojos, porque los deslumbra; ha reconocido en los millares de estrellas que lucen en el firmamento, otros tantos soles esparcidos en la inmensidad del universo. Capaz en su pequeñez de comprender la idea de un espacio sin límites, la tierra no es para ella sino un grano de arena perdido en el espacio infinito.—¿Y no ocurren aquí multitud de reflexiones sobre la capacidad del hombre, que ha concebido cosas tan grandes, cuando la naturaleza parece que lo ha condenado á vegetar en un circulo tan estrecho? Sin duda que sí; pero no debemos hablar mas: recordemos solamente en todo lo que vamos á decir sobre la naturaleza y revoluciones del globo, que nuestros medios para modificarlo son muy débiles y que es insignificante la influencia que ejercemos sobre él.

Se distinguen ordinariamente en el esferoide terrestre dos partes, cuyos límites aun no ha sido posible fijar: 1.ª la masa interna, es decir, la parte central, á la que quizá nunca podremos llegar: 2.ª la capa ó costra mineral que rodea á esta masa, de que solo hemos podido observar una parte muy superficial, pues su grueso se supone de diez á doce leguas, y

las profundidades á que hemos llegado son muy cortas relativamente.

A estas dos partes principales, agregaremos, para estudiarlas por separado, 1.ª la masa ó conjunto de las aguas, que cubre, como hemos ya indicado, mas de las tres cuartas partes de la superficie del globo; y 2.ª la masa atmosférica, que rodea por todas partes á la tierra. Pero primero hablaremos de la masa interna.

Muchos de nuestros lectores habrán pensado, quizá mas de una vez, si la tierra es de la misma naturaleza, á poco mas ó ménos, en todo su espesor, y si presenta hacia su interior una serie de capas análogas á las que se encuentran cerca de su superficie, ó si á cierta profundidad se encuentran constantemente sobre todos los puntos del globo una sola y misma sustancia, que llene todo el interior. Estas mismas cuestiones se han presentado á la imaginacion de los geólogos, y para resolverlas han supuesto diversas hipótesis, creyendo que el interior de la tierra está lleno de agua ó de gases, ó de una enorme masa de piedra imán ó de metales, en estado sólido ó liquidados por el fuego. Diderot, tratando de explicar la accion magnética de la tierra, miraba la masa interna del globo como formada de un núcleo vitrificado, sobre el cual producía la costra exterior móvil, por el frotamiento, el mismo efecto que los cojines de una máquina eléctrica sobre su disco.

Todas estas hipótesis no pueden sostenerse hoy que se sabe son incompatibles con los conocimientos que tenemos sobre la constitucion de nuestro planeta, debidos á los adelantos de las ciencias; pues conocemos, en efecto, exactamente el volumen de la tierra y podemos calcular su peso, para lo cual la física y la astronomía nos suministran dos medios diferentes que concuerdan en sus resultados y que dan un peso tal que es preciso inferir que el interior del globo es cinco ó seis veces mas denso que la costra superficial, como lo demuestran tambien las observaciones hechas en las capas superiores. Así es que debemos suponer que la masa interna no está formada ni de gases, ni de agua, ni aun de piedras de las mas pesadas que conocemos, cuya densidad no es ni con mucho la que da el cálculo, como hemos indicado antes; sino que está compuesta de sustancias tan pesadas como los metales mas densos. Debemos creer igualmente que estas sustancias, probablemente metálicas, no se conservan en el estado de solidez, mas que en la superficie ó corta distancia de la tierra; sino que

están constantemente fundidas, por razon de la alta temperatura que sufren, segun parece, en el interior: al menos es lo que debe suponerse al considerar esas enormes masas de metales fundidos, que arroja el seno del globo por los crateres volcanicos, y que presentan el conjunto mas sorprendente, cualquiera que sea el lugar donde se las observe y la época á que se remonte su proyeccion á la superficie del suelo.

Las fuentes minerales, las aguas termates de toda especie, que á veces conservan el calor de la agua hirviendo, nos ofrecen nuevas pruebas de la alta temperatura que reina á cierta profundidad.

No contentos con estas consideraciones generales, que podian presentar solamente una apariencia engañosa, muchos físicos y geólogos se han ocupado en determinar por medidas rigurosas, si realmente aumenta el calor de las capas á medida que se descende, y han reconocido que sucede así, al menos á las profundidades á que nos es posible llegar.

Entre las observaciones mas curiosas sobre este particular, debemos considerar las de M. Trebra, inspector de minas, que ha visitado las cavidades artificiales mas profundas, y ha determinado, despues de esperiencias reiteradas, hechas con el mayor cuidado, que la temperatura de las rocas se aumenta proporcionalmente con la profundidad, y que ha creído poder establecer que este aumento es de un grado del termómetro centígrado, por cada 90 ó 100 pies. Otras observaciones hechas por diferentes geólogos en muchos lugares, conducen á la misma conclusion sobre el aumento de temperatura de las capas profundas; pero no han podido decidir si este aumento se verifica del mismo modo en todas partes, y han notado que el que corresponde á una profundidad dada, varia muy sensiblemente segun las localidades.

M. Cordier, que se ha dedicado particularmente á las investigaciones que nos ocupan, ha creído percibir que la diferencia de aumento se encuentra en algunos lugares, doble y aun mayor de de lo que es en otros.

No solo citaremos en apoyo del aumento de calor de las capas profundas, las observaciones hechas en las mismas, hablaremos tambien de las practicadas por uno de los sabios mas ilustres de nuestros dias, M. Arago, que ha tomado la temperatura de las aguas de las fuentes llamadas artesianas; de las que vienen de profundidades considerables, que segun la ley conocida del equilibrio del calorico, no pueden

dejar de dar la temperatura de las capas en que han estado depositadas.

Por lo que acabamos de esponer se concibe que es imposible suponer que la tierra sea calentada únicamente por el influjo del sol; pues si tal fuera, se encontraría bajo cada latitud, á una profundidad determinada, una temperatura que sería la media de todas las que se suceden en la superficie, y que se prolongaría siempre del mismo modo hasta las mayores profundidades.

Pero esto no sucede, y para comprobarlo basta descender algunos pies bajo la superficie de la tierra y sustrarse á las variaciones diarias, lo cual se puede hacer en las minas. Es verdad que á poca profundidad, la temperatura no varia sensiblemente, y que hay un punto en que permanece estacionaria; pero descendiendo aun mas, se nota un aumento progresivo, como lo demuestran numerosas observaciones, y entre ellas las de Trebra de que hemos hecho mencion; por lo que debe inferirse que hay una fuente, digamos así, de donde emana el calor interior.

Para que en la superficie del globo obre el calor solar con alguna fuerza, es necesario que sea concentrado por la reflexion de los cuerpos sobre que cae; de no ser así, su accion será casi insignificante en algunos casos, como sucede con las altas montañas, cubiertas siempre de nieve; y completamente nula en otros, de lo cual son una prueba las altas regiones de la atmosfera, en donde se sabe que reina un frio muy intenso, debido al mayor aislamiento de aquellos lugares y á la falta de cuerpos que reflejen el calor de los rayos solares. Un físico célebre de nuestros dias, M. Gay-Lussac, se elevó en un globo aerostático 7000 meiros, (1) sobre el nivel del mar, y llegó á experimentar un frio de 10° bajo de cero del termómetro centígrado, que en la superficie de la tierra le habia marcado 30° sobre cero; y es natural que á mayor altura sea menor aun la influencia del sol, y que por lo mismo se encuentre un frio tan excesivo que nadie podrá sufrirlo.

Un gran número de naturalistas, respetando siempre el poder infinito del soberano autor del universo, y admirando la influencia limitada que ejerce sobre la naturaleza, han considerado á nuestro globo como una gran masa fundida é incandescente, cuya superficie exterior se ha enfriado poco á poco por su movi-

(1) 8353 varas mexicanas, 3 pulgadas, 5 líneas, en el concepto de que, considero la vara mexicana, compuesta de 835 milímetros.—[Nota del traductor.]

miento en el espacio, y ha formado una costra sólida, que es la tierra que habitamos, que irá aumentando progresivamente de espesor, á medida que el enfriamiento de las primeras capas superficiales se vaya comunicando á las inferiores, hasta formar un todo enteramente compacto; de suerte que si juzgásemos segun esta hipótesi, debiamos inferir que la masa interna, que la consideramos líquida é incandescente, segun hemos dicho, acabaria por solidificarse y enfriarse como lo está hoy la superficie exterior. Y si discurriésemos del mismo modo con respecto al sol, y lo mirásemos en la actualidad como á la tierra en los tiempos primitivos, debiamos creer que al cabo de muchos siglos, cuando se hubiese enfriado su superficie externa, se apagaria para siempre y reinarian eternamente las nieblas, y la oscuridad mas espantosa é insoportable.

Esta hipótesi ha sido admitida por Buffon, pero no debemos espantarnos temiendo que el enfriamiento de la tierra nos traiga cambios funestos de las actuales leyes de la naturaleza, pues el sabio M. Fourier ha probado matemáticamente que si aun ejerce el calor interno alguna influencia en la superficie del globo, no puede elevar su temperatura arriba de un décimo de grado; de lo que debe inferirse, que el enfriamiento total no produciria cambio alguno en las estaciones de cada clima, mientras que la intensidad del calor solar no disminuye sensiblemente.

Acabaremos este párrafo notando en apoyo de la opinion, que hemos emitido sobre la masa interna que por considerable que sea el número de los volcanes que existen en la actualidad, ha debido ser mucho mayor en otro tiempo, como lo prueban las innumerables señales de volcanes apagados que se encuentran en casi todos los países, y que son reconocidos por las lavas que han esparcido en el suelo de las cercanías.

Los primeros volcanes de la tierra se han abierto casi todos en terrenos primitivos, antes

que los secundarios hubiesen sido formados, despues han sido cubiertos por estos, cuya formacion sucesiva es debida, sin duda á la mar ó á inmensos lagos de agua dulce. Pero no anticipemos que hemos de decir mas adelante, y contentémonos con observar, que si en los primeros tiempos fué mayor el número de los volcanes, que hoy dia, se debió segun nuestra opinion, á la mayor actividad de la masa interior, y al menor espesor de la costra ó capa superficial, formada entónces, como acabamos de indicar; por los terremos primitivos.

Vemos, pues, que casi todos los fenómenos concuerdan bastante bien con la suposicion de que la masa entera del globo terrestre ha estado al principio en un estado completo de incandescencia y aun de volatilizacion. Una sola cosa embarasaba á los geólogos partidarios de esta hipótesi: la imposibilidad de concebir como se habian formado ciertas rocas, cuya fusion y recomposicion no se podia obtener por medios artificiales, á pesar de la laboriosidad con que se procedia. Pero esta dificultad ya no existe, pues un quimico alemán, Mithélich, ha llegado á formar últimamente todas las piedras, exponiendo á una alta temperatura, en hornos apropósito, las materias constitutivas de cada especie en la debida proporcion, hallada por el análisis. Este precioso descubrimiento, dice Carvier, parece demostrar casi rigurosamente una hipótesi célebre, emitida sin pruebas por Descartes, Leibnitz y Buffon, á la cual ha dado un alto grado de certidumbre los trabajos de M. Laplace; y se puede, pues, mirar como probado, que la tierra tiene un calor propio, independiente del que recibe del sol y que es un resto de su calor primitivo. Esta coincidencia en las ideas anunciadas en otro tiempo por nuestros mas grandes hombres, prueba que no deben despreciarse ni aun las conjeturas mas atrevidas de los hombres de ingenio.

(Se continuará.)



MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.



II.

ESPUES de un sitio prolongado en que habían sufrido mucho los Reyes y Cuzco que Manco había procurado mantener incomunicadas, se retiró por fin á Tambo á rehacerse. Francisco Pizarro padeció mucho en su ánimo, no recibiendo noticias de Cuzco, y cuando ya vio que los enemigos le dejaban, mandó socorro allí á sus hijos, juzgándolos no sin fundamento, muy necesitados de él. Pero era ya tiempo en que sentían alivio por la retirada del enemigo, y que Hernando Pizarro, dejando encarrada la plaza á Rojas, salió en pos de Manco para Tambo, llevando consigo á sus hermanos Gonzalo y Pedro.

Como entendiése Capac que de la ciudad le seguían los Pizarros, procuró atraerlos cautelosamente, y con muy poca tropa caminando gran trecho adentro de aquellas montañas por las cuales había esparcido su gente, de modo que no fuese vista. Y así creyeron los Pizarros que el Inca no tenía mas tropa que la que con él marchaba á la vista de ellos, que se apresuraron á darle alcance, andando en esto tan descubiertos que no se curaron de repartir gente que les cubriera la espalda, sino antes bien, con la esperanza que de la victoria tenían todos, se aligeraba cada uno por tomar al Inca y conseguir la gloria, y así de este modo enfiados, caminaron un buen espacio, y ya á punto casi de apoderarse de los fugitivos, dieron estos la vuelta sobre aquellos, y con tanto ardor se combatieron, que apenas les quedaba tiempo para volver riendas á sus caballos y dar la vuelta á Cuzco, y se encontraron cercados por todas partes de enemigos que les lloraban piedras sobre sus cabezas, y en tal manera las lloraban, que era mas difícil que la vista penetrase por entre las piedras que subían ó bajaban por el aire, que por una gruesa nube de humo; tal era la multitud de piedras que entónces hendían los aires.

Sin embargo, no podían resistir á la superioridad de las armas españolas, que por en medio de ellos lograron hacerse paso y ponerse en salvo. Un indio atrevido persiguió al jóven Gonzalo Pizarro, y al descargar un golpe que le hubiera quitado la existencia, Gonzalo se acometió y le postró en el suelo, dejándole muerto, mas como otros indios le hubiesen visto, cargaron sobre él, causándole muchas contusiones, y también algunas heridas, pero como ya se creyeren vencedores, que ya le tenían, comenzaron segun su costumbre á dar descompasados gritos, y volviendo la cara Hernando y notando el peligro en que estaba su hermano, retrocedió violento á socorrerle, y acometiendo á los que le cercaban, poniéndolos en fuga, salvó á Gonzalo y se retiró á Cuzco arrepentido de su malograda empresa.

Dícese que cuando Manco levantó el sitio, tanto se creyó que iba de vencida, que los indios todos ahullaban por su suerte, creyendo verle dentro de muy pocos dias en poder de sus enemigos, y aun se cuenta que Paulo le exhortaba á que volviese á hacer las paces, puesto que mejor le era poseer unos buenos amigos en los españoles, que á él le tenían en mucha estima, que haber de llorar siempre un duro y luego cautiverio, si no le quitaban la vida por su temeridad y arrojó de combatirse con tan poderosos adversarios. Pero así hacia aprecio de los consejos de su hermano como si á otro que no á él le fueran dados, y mas cuando le animaba el gran sacerdote Villeoma, que había huido de Diego de Almagro, y le contaba como los españoles estaban desavenidos, y lo del gobierno de Cuzco, que ya en otra parte hemos dicho, y asimismo le animaba otro español muy amado de él, que llevaba consigo y sus tropas y sus pueblos todos le animaban tambien, que era mejor que pereciesen, ya que habían de ser esclavos, caso de que quedaran vivos.

Animado, pues, así Manco y resuelto á llevar

al cabo su empresa, reunió su gran consejo, y en él se acordó de entrar en el Cuzco del mismo modo que los españoles habían penetrado en Tambo. Hizose en efecto así, pero solo llegaron á las cercanías de aquella ciudad, de la cual como los hubiesen visto salió Hernando Pizarro y les atacó muy fuertemente, si bien no sacó la menor parte de la accion, en la cual perecieron algunos de los suyos. Con esto se retiró el Inca á Tambo, donde le dejaremos por ahora, aguardando noticias de Almagro.

Aunque el rey de España en sus provisiones no señalara determinadamente el Cuzco para Almagro, con todo, le daba el gobierno de la Nueva-Toledo, dentro de cuyos limites se hallaba el Cuzco. Cuando hizo la expedición á Chile, creyó que tomando aquellos lugares podría quedar compensado y enriquecido, mas que con su gobierno, así es que á la manera del perro de la fábula, soltó la presa que ya tenía asida, juzgando que se iba á tomar otra mejor. Mandó unos descubridores que le diesen noticia de como se hallaban aquellos terrenos de Chile, y entrado que hubieron en ellos, buen trecho al parecer, pues que acaso se ocultaron luego á poco de transcurrido un regular espacio de tiempo, de modo á hacer creer al Adelantado, que le habían odedecido, y volvían diciéndole que no eran aquellas tierras sino muy estériles, y en las que no había minas como se había supuesto, con lo que procuraban desanimarle para que no entrase mas adentro, y todos los suyos tambien le decían llevados de intereses particular que diese la vuelta á Cuzco, puesto que de no hacerlo, perdería su gobierno que le pertenecía, como que era de la jurisdicción de la Nueva-Toledo. Esto fué lo que obligó á Almagro á dejar su empresa y volver con ánimo de disputar el Cuzco con las armas, si de grado no se le entregaban los Pizarros. Determinóse pues, á volver, y ya despues de caminar buen espacio y largos dias, al llegar á poblado se entró en Arequipa, y allí fué donde supo la sublevacion del Perú, y luego como tenía amistad con el Inca, le mandó decir que porque así se había movido á revelarse cuando le era mostrado tan grande afecto, por parte de los conquistadores, en cuya compañía se encontraba bien favorecido y respetado.

Contéstóle Manco muy cortésmente, que mo-
l estado de Hernando Pizarro y de los españoles de Cuzco que le pedían á cada momento oro y al hajas y otras de estas cosas, se había visto en cierto modo obligado á dejar aquella ciudad, á la cual había declarado sitio, por lo mucho que de ella á cada paso le importunaban, y así que

le decia, que puesto que era su amigo, y que había de querer, por otra parte, recobrar el gobierno que Pizarro le quitaba, hiziese armas contra este, para lo cual el propio Inca le ayudaría, y así que le proponia tener una entrevista en Yucay, donde convendrían el modo de como se habían de mirar. Mandó al Inca Almagro unos comisionados que le hiziesen entender como pasaba á Urcos, desde donde iria luego á esperarle á Yucay, á cuyos comisionados no quiso Manco dejarles volver al Adelantado.

Pasó este á Urcos y dejó allí á Juan de Saavedra con doscientos y cincuenta hombres, llevándose él igual número para Yucay. Hernando Pizarro entre tanto, sabedor de como Almagro volvía, y extrañando que no le diera de ello aviso, sospechó de él, y reunió á varios de sus capitanes para determinar lo que en aquel caso debían hacer. Acordóse en el consejo que saliese Hernando y otros á dar el encuentro al Adelantado, para saber de él mismo el objeto de su vuelta, y si descubriesen que esta era con ánimo hostil, que le opusiesen luego resistencia sin ceder el Cuzco Hernando, que gobernaba en nombre del rey y de D. Francisco Pizarro.

Salió en efecto Hernando, ly buscando paso para llegar á Urcos, le fué difícil hacerlo, porque en todos los puntos del tránsito encontraba á los indios, que fortificados le disparaban saetas y le arrojaban piedras, hasta que llegó despues de un largo rodeo á pasar, y cuando se aproximaba mandó dos comisionados que fuesen á ver á Saavedra, mientras que los indios enviaron tambien los suyos al mismo, para hacerle entender que habían pasado los enemigos y que debía destruirlos. A la sazón que los indios se hallaban con Saavedra, le fueron presentados los de Pizarro, á cuyo encuentro salía ya, y les hizo el recibimiento que como á paisanos correspondia, con demostraciones de gozoso, lo cual así visto por los indios indispuestos, y los movió á llamar sobre ello la atencion del gefe español. Luego que este reflexionó en lo mal que obraba, mudando al punto de dictamen, se colocó á alguna distancia, é intimó á los de Pizarro que si no volvían á unirsele los combatió. No le valió á Saavedra esto, pues los de Manco vinieron á decirle, que no confiara en Almagro ni los suyos que se habían puesto de acuerdo con Hernando Pizarro, á quien habían recibido muy poco. Manco, pues desconfiando hizo su prevencion de tropa que le acompañase, para evitar una traicion de parte de Diego de Almagro, que igualmente descon-

fiado se hallaba prevenido, esperando en Yucayá aquel.

Entre los diversos encuentros que durante el asedio de Cuzco y de los Reyes habían tenido españoles e indios, hallamos en Zárate, el Inca Gomara y otros, que un indio desesperado del fin de la guerra llamó a combate singular á cualquiera que quisiese hacerle frente; aceptó uno el reto, y dirigiendo la lanza al pecho del que le retó, este asiendo de ella se la quitó á su enemigo, que visto por otro que sin remedio estaba perdido, acometió igualmente al indígena, que practicando la misma operacion con la segunda, trató de rechazar á sus dos adversarios, y entonces Gonzalo Pizarro dió voces precipitadamente, diciéndoles no ser de caballeros ni caer en pecho español aquel modo de combatir, arrogancia propia de la valerosa estirpe de Pelayo. Hizo pues, separar á sus dos compatriotas de la lid, y la emprendió solo, si bien desconfiando aparcarse del caballo, enistró la lanza, fuese sobre el enemigo que le esperaba de pie, parado sobre la una lanza de las dos que acababa de tomar, y con la otra en las manos dejó llegar á Gonzalo, que herida la cara de su caballo dió con este en el suelo, cayendo por las ancas. El indio aguardó á Gonzalo que se desembarazara, y cuando ya lo estaba, embrazó la lanza, arrojando la suya e apoderó de la de Gonzalo, que teniendo solo con la mano izquierda, probó á sacar mientras con la derecha su espada; consiguió en efecto, y pensó cortar las manos al indio, pero reflexionando en su esfuerzo, meditando en su generosidad, arrojó su espada á tiempo que venían los otros dos en su auxilio, creyéndole como estaba en grande aprieto, les hizo retirar, y corrió abriendo los brazos á estrechar á su enemigo. Desde entonces Gonzalo y aquel indio se amaron; y si alguna vez en lo mas refinado de una acción lograban ponerse de frente, sus armas se embataban, y ya no se herian.

Refiere el padre Calancha y con él el Inca Garcilazo de la Vega, que lo que desanimó á los indios en el prolongado sitio de que hemos hablado, fué la repentina aparición del apóstol Santiago, que montado en un caballo blanco como un rayo, se les presentaba por todas partes en medio de los combates, y como semejantes apariciones se refieren en muchos historiadores españoles muy antiguos, y no sabemos nada de esto en la historia moderna, extrañamos por lo mismo el afán del apóstol, por quitar á los españoles su gloria en los principales combates, y que no los ayudara en su independencia ó en la conservacion de sus colonias; quizá sería el

santo una de las víctimas del dos de mayo, y por eso no se le ha vuelto á ver, ó moriria en Pavia, que de entonces tampoco se tiene noticia que se presentara.

Aunque hemos dicho que Pizarro no tenía noticia en los Reyes de Cuzco, tenía con todo á auxiliarse, y mandó entre otras partidas una á las órdenes de Diego Pizarro, que concluyó en el camino, de manera que de todos los que salieron de los Reyes á Cuzco, no llegó uno solo, cuyo número de muertos, unos lo hacen subir á setecientos cincuenta, que es la opinion mas comun, y otros cuentan nada mas que cuatrocientos; sin embargo, sea cual fuere, fué siempre un recio descalabro para el gobernador, que no quiso aventurar mas tropa.

Volviendo ahora á lo de Saavedra y Hernando que se habian puesto en ademán de combatir, requirió aquel á este que dejase el gobierno de Cuzco, que pertenecía á Diego de Almagro, si no quería que hiciese armas contra él. A pesar de hacer esta amenaza Juan Saavedra no se veía en ánimo de cumplirla, cuando por una parte el Adelantado le tenía prevenido que permaneciera solo aguardando al enemigo, sin hostilizarle, y por otra reflexionaba que no debía él romper abiertamente con las huestes de Francisco, que llevaba una amistad tan íntima con Almagro, reflexion que contuvo igualmente á Hernando.

Mientras que esto así pasaba, Manco habia ido á Yucayá, si bien cuando ya Almagro no le esperaba, y desconfiando mutuamente el uno del otro, con que ya se deja entender que fué inútil cuanto ellos hablaron, separándose el Inca y volviendo á reunirse á los suyos sin contarse por aliado, ni ménos amigo del Adelantado, aunque con el intento de seguirle poniendo calor para que pelease con los suyos, que de la parte de Pizarro se hallaban. Luego vuelto el Inca, comenzó á ofrecer sacrificios á los dioses, porque solos los españoles se destruyesen, y en efecto que vió logrados sus deseos, pues que irritado Hernando, se negó abiertamente á entregar el Cuzco, y Almagro unido á Saavedra llegó, le tomó la ciudad y le dió muerte, y aquí fueron las desavenencias entre Almagro y Pizarro, sin que de la una ni de la otra parte se diese cuartel, volviéndose Almagro y Pizarro de amigos que ántes eran enemigos implacables, porque como dice á este intento Calancha, la amistad en los corazones de los hombres es bienes muebles, mas el odio y la enemistad son bienes raíces, y tan arraigados que casi no está en el arbitrio de los hombres el cortarlos de raíz.

Signifíronse á este otros muchos males, y cuando ya no se pudo quitar á Almagro su gobierno, se le privó de él por medio de una muerte violenta, persiguiendo en seguida á los suyos. El Inca sintió en estremo la muerte del Adelantado, ya por haber sido hecha con felonía, ya porque al fin habia sido su amigo, y á pesar de que tenía perdidas las esperanzas de recobrar por su medio y con su auxilio su imperio, con todo aun le amaba y le veía como un gran capitán, que siempre es llorada la muerte de los grandes hombres. No habia desconfiado entre tanto Manco de hacerse de los españoles que habia podido; así es que los emisarios de Almagro lo aseguró, y llevaba aun consigo, desconfiando de él. Era uno de ellos Rui Díaz, y se dice que les daba muy mal trato y los molestaba mucho; pero no se aviene con la índole natural del Inca, y mas si se nota que dió acogida á otros que huían de las autoridades, perseguidos por ellas, y les miraba con mucho aprecio.

Dicese que cuando Saavedra quedó en Urcos, se puso á ejecutar evoluciones militares para intimidar á los indios que las veían, pero que el general de estos les dijo porque habian atropellado á algunos con los caballos, „solo las órdenes de Manco pueden haberme contenido mas notad que si me enfado, bien sé ya que no sois hijos del sol, porque moris así vosotros como vuestros caballos, es de advertir que luego que caía un caballo gozoso corrían á hacerse de él, creyendo hacer una gran presa con él.

Si bien Manco esperaba sacar gran partido de las disenciones de los conquistadores, no dejaban de causarle algunos disgustos las inesperadas consecuencias de ellas. La muerte pronta de Almagro por ejemplo, no dejó de producirle una gran desazon, si se considera la amistad íntima que tenían uno y otro: el aprecio que mutuamente se profesaban y el modo infame con que Almagro fué privado de la existencia.

A pesar de tan infelices resultados, ninguna ventaja se proporcionó al Inca, quien tan pronto tuvo noticia de la muerte del adelantado Diego de Almagro, como supo de la del marqués Francisco Pizarro y la llegada del nuevo virrey Blasco Núñez.

Desesperando al fin de lograr el objeto deseado, Manco determinó retirarse á las montañas de Villacamba, y para esto hizo juntar á todos los suyos, dirigióles un discurso, amonestándoles que se fueran á las poblaciones á vivir con los españoles, puesto que no tenía ya re-

medio la pérdida de su imperio, pronosticada mucho tiempo hacia por Huaynachá, su padre, abrazóles en seguida con los ojos arrasados de lágrimas, excitando un sentimiento universal y muy vivo en todos, que le ofrecían el sacrificio de sus vidas por la recuperacion de su reino, pero en vano, la resolusion estaba tomada y se marchó con los de su familia.

Desde las montañas el Inca hacia de cuando en cuando sus correrías para proveerse de lo necesario para la vida, acometiendo á los caminantes y despojándolos de lo que llevaban consigo. En esta vida se pasó muy largo tiempo, proporcionándole impunidad las disenciones de los españoles que continuaban sin interrupcion, porque si bien Almagro y Pizarro habian cesado, presentaron otras de nuevo con la venida de Blasco Núñez. Este cometiendo arbitrariedades de todo genero habia dado margen á nuevos disgustos. Nadie habia que estuviese contento de su gobierno que habia excitado grandes disenciones. Nuevas eran las causas, nuevos los contendientes, y nuevas tambien por último, las especies de ataques. Algunos sin embargo, que aunque pertenecían al bando del virrey, habian incurrido en su indignación, no pudiendo acogerse á otros partidos que los detestaban, se refugiaron como á un lugar de asilo á las montañas de Villacamba, en donde el Inca los acogia con afabilidad, abrigando así en su seno á la vivora que algun día lo devorara.

En efecto, cuando el virrey notó las depredaciones del Inca, y reparó en el mal que ellas causaban, trató de poner el remedio pronto y eficaz; mas como no pudiese hacer uso de las armas, ya por que la posición del Inca era de difícil acceso para combatirle, y le hacia por consiguiente inexpugnable, ya fuese mas bien por la critica situacion en que el mismo se encontraba, (teniendo que hacer armas contra todos los capitanes conquistadores, contra todas las provincias, contra todas las poblaciones, contra todos los individuos en fin, que habitaban el Perú.) Así pues, determinó excitarle para entrar en arreglo; en convenios amistosos, y poner término á su maldadado modo de vivir. Vivian con Manco, como llevamos dicho, algunos españoles, y de entre estos escogió ya excitado, quienes fuesen á tratar con el virrey. Este recibió con gozo la mision del Inca, y le ofreció garantías en nombre del rey, celebró pues las capitulaciones, y volvieron los encargados para que se ratificasen. Hasta aqui van acordes los autores, y su divergencia es

muy leve, y en puntos de poca importancia, que nada conducen á la investigacion de la verdad histórica, mas desde esto se encuentra una diferencia sumamente notable, que perjudicaría á la exactitud de los hechos si mereciesen igual concepto Herrera y el Inca Garcilazo de la Vega. Pero quien conoce á Herrera, alernista del emperador, quien sabe el aprecio que debe hacerse de su testimonio indigno de entera fé, y recusable en esta materia, así como el del padre Calancha, puede muy bien dar crédito á Garcilazo despreciando á los otros.

Refiere Herrera que hechas y ajustadas las capitulaciones entre el virey y Manco, este que solo las habia propuesto como un ardid, salió con miras hostiles, dispuesto á combatirse con aquel, pero que descubiertas las depravadas intenciones porque llegó á emplear las armas, y á punto ya de acometer á los españoles, uno de los que en su compañía estaba le dió muerte, mas no con alevosía. He aquí segun Herrera muerto á Manco en castigo de su perfidia.

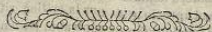
No del mismo modo se espresa Garcilazo, casi contemporáneo del Inca, de su propia nacion y afecto á los españoles, en medio de los cuales vivia, y en cuyo país contaba los sucesos del Perú. Despues segun este, que se habian ajustado en proposiciones amistosas Manco y el virey terminadas las diferencias que los desunian, y que estrechaban al primero á vivir en

la soledad á usanza de fieras, y ya ratificados los convenios por parte de Manco que aguardaba otro tanto respecto del virey, á fin de aprovecharse de ellos, solazándose un dia con un juego de bolas, por haber lastimádole con una casualmente Gomez Perez, uno de los que con él estaban refugiado de Blasco que le habia perseguido de muerte, volvió airado reprendiéndole, y esto hizo al ingrato Gomez que resentido diera un golpe al Inca, de que murió. Así terminaron los aciagos dias del mas desgraciado y último de los monarcas peruanos, y como es de suponerse, disgustó tal atentado sobremanera á sus parientes, quienes irritados al pronto, vengaron su fatal fin, dando muerte á su alevoso asesino. Despues, desconfiando de los demas españoles, rompieron los tratados convenidos con el virey, y permanecieron remontados en Villalcamba, hasta la infausta ejecucion de Tupac Amaru, si bien por este se abstuvieron de cometer violencias en los caminantes, á quienes ya no molestaron mas. Las cosas del Perú en tanto no caminaban con buena ventura, asesinado Blasco y los principales que le hacian la guerra, posesionados del mando de que fueron privados pasado algun tiempo, pero sin volver á la obediencia de que á cada paso se separaban, acostumbrados ya á la insubordinacion y al estado de rebelion continua.

CARLOS M. SAAVEDRA.



GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA.

Obispo de Yucatan, gobernador de la Nueva-España. Desde 1648, á 1649.

1648.—1649.

QUAMOS dicho que gobernando el conde de Salvatierra, y á tiempo aun que peleaban los je-

suitas, en los dias de reconciliacion llegó el nombre miento de gobernador puramente de la Nue-



D. MARCOS DE TORRES Y RUEDA.
Obispo de Yucatan.

va España, á D. Márcos Rueda. Si no fueron las conferencias privadas que tenia con el venerable Palafox, y una con el padre Luis de Velasco de la compañía, á quien por aquella molestaba y con quien por la visita de su provincial se reconcilió, nada mas ocurrió si no fué la suspensión de la obra del desagüe que decretó; de una obra, por la que tanto se empeñaron muchos virreyes y de que tanto bien aguardaba México. Esto indispuso los ánimos de los mexicanos que le comenzaron luego á ver mal,

pero para bien de la ciudad, el cielo le arrancó del mando muy presto, pues que habiéndose hecho cargo de él en 13 de marzo de 648, dejó de existir el 22 de abril de 49; hizo un suntuoso entierro en la Iglesia de S. Agustín, donde le fué dada sepultura, con asistencia de todos los tribunales, ayuntamiento, clero secular, comunidades religiosas y corporaciones asi eclesiásticas como seculares.

CARLOS M. SAAYEDRA.

UN DIA DE CAMPO EN CHAPULTEPEC.



OY á contarte, querido lector, una historia que aunque te enfades la has de oír hasta el fin. Es el caso que dias pasados me convidaron á pasar un dia de campo, y á pesar de que no me gustan estas francachelas, acepté gustoso por venirme el convite de una persona muy apreciable para mí: convenimos que iria á alcanzarlos á Chapultepec, lugar destinado para la diversion; mi intencion fué irme solo, á caballo para poder con mas libertad venirme á la hora que mejor me pareciera; pero por mi desgracia no sucedió así, porque las hijas de D. Saturio (este era el nombre del sugeto que me habia convidado) que tenian mas confianza conmigo, me comprometieron para que las pasease á caballo.

—Manuelito, qué tal anda su caballo de V?

—Bien, les respondi.

—Será muy brioso ¿no es verdad?

—Algo; pero es muy manso.

—Ay! Manuelito quiere V. que montemos un rato?

—Con mucho gusto, (pero maldita la gana que tenia yo de pasearlas).

—Papá, gritaron á la vez las dos niñas, ¿quiere V. que montemos á caballo? es muy manso.

La respuesta del papá fué afirmativa, y entónces se siguió una disputa entre cuál de las dos habia de montar primero.

—Manuelito, yo monto primero.

—No, sino yo.

—Pues que diga Manuelito quién ha de ser primero.

—Cualquiera, les dije, al fin las dos han de montar. Vaya Concha; y diciendo esto la senté en la silla, yo me monté en las ancas, cogí la rienda y echamos á andar.

—No tan despacio Manuelito.—Le levanté la rienda al caballo para que anduviese mas recio.

—¡A que bueno! Ahora un galope.

—Vamos un galope.

—Ya está Manuelito, porque me desvanezco.

—¿Quiere V. apearse?

—No, todavia no, vamos á dar una vuelta por todo el bosque; pero despacio.

—Muy bien.

—¿Qué tal ando á caballo?

—Perfectamente.

—A mí me gusta muchísimo andar á caballo.

—Tiene V. razon. —
 —Papá me ha prometido comprarme uno. —
 —Me alegro. —
 —A V. no le gustará llevar mugeres á caballo, ¿no es verdad? —
 —Si me gusta cuando son hermosas como V. —
 —A que Manuélito tan bromista! —
 —No, no es bromo, lo digo de corazón. —
 —Pues por cierto que soy bastante fea. —
 —V. no puede ser juez de su propia causa. —
 —Y cuando se casa V.? —
 —Cuando encuentre una muger que reúna las cualidades que V. reúne. —
 —Pues en ese caso, pronto la encontrará V., porque mis cualidades son bastante comunes, (y en esto decía la verdad). —
 —No tal, Conchita, V. se hace muy poco favor. —
 —V. buscará una muger hermosa, rica, que sepa muchas cosas, que sepa discuirir como V. dice. —
 —Que sea una liegrua, ¿no es esto? —
 —No entiendo lo que V. me dice. —
 —Que charle de todo sin saber lo que habla. —
 —No, no es eso lo que quiero decir, sino que sepa bordar, que sepa coser, que sepa.... —
 —Que sepa comer, beber y dormir. —
 —A que Manuélito! no es eso.... yo.... mire V. no sé nada, absolutamente nada; y por eso quisiera un marido que me enseñara muchas cosas. —
 —Si, V. lo que quiere es un preceptor. —
 —No, no; pero si un hombre que supiese alguna cosa, v. gr. como V. —
 —Pero si yo no sé nada; mucho iba V. á negociar con un marido semejante. —
 —Ojalá y yo lo encontrara. —
 —Quiero decir que se casaría V. gustosa conmigo? —
 Concha se puso como un carmín, y me respondió con una agitación que procuraba disimular. A que Manuélito.... Vdes. los hombres son muy malos, interpretan las palabras de una manera.... —
 Conoci que la conversacion iba tomando un giro que tal vez me llegaría á comprometer; porque al fin yo era hombre y ella bastante hermosa, y no hubiera sido extraño que se me enredasen las espuelas; despues seria el llanto y el crujir de dientes. Así es que, cortando de golpe la conversacion, le dije: me parece que nos hemos dilatado mas de lo regular, y su papá de V. no ha de estar muy contento de nuestra tardanza. —
 A Conchita no le agradó mucho esta inesperada transición, y se puso pálida, no sé si se-

ria de cólera, el caso es que me respondí friamente: es verdad, apresuremos un poco el paso: así lo hice y pronto nos reunimos con el resto de la familia. Por fin llegaron, nos dijo Saturio; me tenían ya con bastante cuidado; vamos á almorzar que ya es tarde. —
 —Yo creí que se habían ido para México, nos dijo Pepita, con algo de mal humor. —
 —Pues no hemos salido del bosque, le contestó Concha; lo que sucedió fué que Manuélito me iba contando muchas cosas muy divertidas, las cuales me distrajeron de tal manera, que dejamos andar al caballo á su discrecion. —
 —Me alegro que le haya divertido á V. mi conversacion, le dije á Conchita. —
 —Aunque á él no le ha divertido la mia, continuó ella. —
 —No me haga V. ese agravio, la dije. —
 —Yo ereo, me contestó, que cuando se deja á una persona con la palabra en la boca, es porque.... —
 —Porque no se lo quiero contestar, respondió vivamente Pepita: tales serian las sandeces que ensartarías. —
 —No hay tal cosa, le dije, su hermana de V. habla con mucho juicio. —
 —Ni la burla me perdonas; muchas gracias Manuélito. —
 —Ya está de querellas, á almorzar y quitense de ruidos, dijo Saturio, con tono de autoridad. —
 —Pues bien, dije yo, para quitarles el enojo voy á hablar hasta que se me caiga la campanilla. —
 En efecto, empecé á charlar y á decir cuanto se me venia á la cabeza: la conversacion se generalizó, y todos se pusieron de bellissimo humor. Conchita olvidó cuanto habia pasado, y Pepita me advirtió que no habia desistido de montar tambien á caballo, y que acabado que fuese el almuerzo, saldríamos á dar un paseo: lo que le prometí muy formalmente; y por último, luego que se acabó el almuerzo, se fueron á dar un paseo por las albercas. Pepita me recordó mi promesa, la cual fué fielmente ejecutada: durante nuestro paseo, nuestra conversacion fué diferente de las que habia tenido con Conchita; en este todo se nos fué en admirar la copulencia de los árboles, la amenidad del terreno, la hermosa perspectiva que ofrecia el valle visto desde la cima de la colina. Esta perspectiva es deliciosa: considérate querido lector una inmensa llanura, cubierta de árboles frondosos: al oriente se percibe un canalque, partiendo del lago de Chalco y pasando por uno de los suburbios de la capital, va á descargar sus aguas en el lago de Texcoco: estos dos lagos están

hacia la parte oriental, y parecen una banda azul tirada al pié de las colosales montañas que cortan por aquella parte el valle, entre las cuales sobresalen el Popocatepetl y el Ixtachicuatl, cubiertos de perpetua nieve: México se ve en el centro de este valle, multitud de torres y miradores se descubren, pero sobre todos ellos sobresalen las dos torres gigantes de la Catedral. Cuántas veces he exclamado desde la cima de Chapultepehl, ¡cuan delicioso es el valle de México! Pero volvamos á mi compañera de paseo, que ya se habrá cansado de admirar á la naturaleza, y así era en efecto, con cuyo motivo nos apeamos y nos fuimos á reunir con los demás á una glorieta en donde habian formado un bailecito. —
 —A bailar, á bailar, nos gritaron todos al vernos. —
 —Manuelito trae ya hasta su compañera, dijo Conchita. —
 —Yo no sé bailar, le contesté. —
 —Pues es preciso que todos bailen. —
 —Esa ley debe de comprender solo á los que sepan. —
 —A todos, contestó Conchita, porque conque sepa su compañera de V. basta. —
 —No basta, porque á pesar de que lleve una compañera que sepa, no puede evitar el que yo eche á perder las cuadrillas. —
 —No tenga V. cuidado, me dijo al oído Pepita, yo le iré diciendo á V., ademas de que no solo es V. el único que no sabe bailar; porque aquellos dos señores que ve V. ahí tampoco saben, y ya ve V. como se han prestado á bailar. —
 —Bien, haré lo que pueda. —
 —Ya estamos listos, dijo Pepita, ya puede comenzar el baile. —
 En efecto, rompió la música, y gracias á mi compañera no quedé del todo mal; á poco de que se concluyeron las cuadrillas gritaron „contradanza,” y todos se apresuraron á clegir su pareja: yo me encontré indeciso sobre á quien iria á sacar, (porque ya me habian alentado las cuadrillas) pero Conchita acercándose á mi me sacó de mi incertidumbre, diciéndome, quiero que baile V. conmigo la contradanza. —
 —Acepto, le contesté, y tomándola de la mano me puse en la columna de ataque: rompió la contradanza y todos á un tiempo comenzaron á bailar y formar diferentes figuras. Allí sí que perdí la chaveta, ¡qué muchacha por Dios! con qué agilidad se movia cuando formábamos la figura; pero cuando mas me ena- ganaba era en el vals, cuando enlazados nuestros cuerpos con nuestros brazos nos moviamos al compas de la música, no era dueño de

mi mismo.—Conchita, le decía yo, su cuerpo de V. quema.—Ella se reia; pero con una gracia que me encantaba. —
 —Por qué se rie V.? le decía. —
 —Porque es V. muy célebre. —
 —Célebre ó no, esto es mejor que andar á caballo. —
 —De veras? —
 —Se lo juro á V. —
 —Tanto le agrada á V. bailar? —
 —Mucho, y siendo con V. mas. —
 —No lo creo: lo mismo me decía V. cuando íbamos á caballo: el caso es que pronto se cansó V. —
 —Pero en el baile no me canso. —
 —Ahora lo veremos. —
 En efecto, por momentos se animaba el baile: mandaron tocar un vals por alto: aquí fué Troya, yo sudaba mas que una caldera de vapor, y sin embargo me mantenía firme en el puesto, al paso que la mayor parte iban desertando, hasta quedar tres parejas no mas, por lo que creí que se aproximaba el fin de nuestra jornada; pero me engañé, porque los que quedaban continuaron valsando en derredor. Entónces Conchita me dijo: V. dirá si seguimos á los señores: á pesar de estar ya cansado, el punto me hizo decirle que estaba pronto á seguir. —
 —Pues bien, demos primero un paseo antes de seguir; y mientras nos pasábamos, me dijo: ya veo que es V. incansable en el baile, sin embargo lo veo á V. muy fatigado. —
 —Eso consiste, le contesté, en que hace algun tiempo que no bailo; pero á pesar de eso todavia tengo fuerzas para continuar. —
 Volvimos á comenzar á valsar, los músicos, que segun parecia, querian que se terminase, tocaban con una precipitación extraordinaria para cansar mas pronto á los valsadores. Yo sudaba á mares, sentia que mis piernas ya no me podian sostener, las otras dos parejas se habian retirado de la escena y solo nosotros quedabamos en pié; mi compañera por lo que observaba no mostraba haberse fatigado, por lo que me vi en la precision de decirle: ¡qué nos hemos de estar bailando todo el día? —
 —Hasta que V. se canse, me contestó. —
 —Pues si solo en eso consiste, le declaro á V. que ya me cansé. —
 —Va lo habia yo conocido, me dijo riéndose; pero queria ver hasta donde llevaba V. su capricho. —
 —Es V. muy cruel conmigo: si habia V. conocido que me habia cansado, porque no cesaba V. de bailar.

—Porque como me había V. dicho que en el baile era incansable.

—Ya veo que V. todo lo lleva á puro y debido efecto.

Descansamos un rato, y se volvió á continuar el baile hasta muy cerca de ponerse el sol, á cuya hora se dispuso que nos volviésemos á México. Cada uno tomó su respectivo asiento en algun coche, y yo monté en mi caballo: íbamos á partir, cuando se me puso en la cabeza decirle á Concha, ¿quiere V. ir á caballo hasta México?

—Si á V. no le gusta llevar mugeres.

—Si me gusta: si V. quiere ir, vamos.

—Pero quien sabe si papá querrá.

—¿Por qué no ha de querer? y si no, pronto lo sabremos.—Me dirigí á Saturio que estaba en otro coche distinto, y le dije que si quería que llevase á Concha á caballo.

—Haz lo que quieras, me contestó; pero si te molesta no la lleves.

—No, qué me ha de molestar, antes por el contrario, me gustá que se diviertan.

—Pues vaya con Dios.

Al momento la monté en mi caballo y emprendimos la caminata. Con la agitación del baile, Concha estaba tan hermosa como nunca la había visto; yo iba enagenado de placer.

—Que delicioso es el campo, me dijo mi compañera de viaje.

—Y mucho mas lo es cuando se halla uno al lado de una muger encantadora.

—Pero muy triste, cuando es alguna muger á quien no la adorna ninguna gracia, ¿no es verdad?

—Puede suceder; pero yo hablo por lo que ahora me pasa.

—V. se burla de mí.

—No tal; lo juro á V. hermosa Conchita, que al lado de V. todos los objetos que me roldcan me deleitan.

—Siempre está V. de humor de chancearse.

—No es chanza, lo digo con formalidad.

—Si estuviera V. al lado de otra jóven á quien habrá ya dado su corazón, concedo.

—Mi corazón es libre, lo juro á V. ó por mejor decir, lo era ayer, hoy ya no lo es.

—No entiendo á V.

—Tal vez V. no quiere entenderme; porque quien si no V. podía haberse hecho dueño de mi corazón?

A estas palabras se encendieron mas los colores de Conchita, bajó los ojos y guardó silencio por un gran rato. Yo me enagenaba acoctemplarla en aquellos momentos ¡Dios mío! yo no era dueño de mis acciones; y la estrechaba suavemente en mis brazos y sentía que temblaban sus delicados miembros. Por último, me le dije: Conchita V. parece que se ha ofendido.

—Por qué me había de ofender? ¿por solo una chanza?

—No, no es una chanza: lo que le acabo de decir á V. ha salido de lo íntimo de mi corazón; pero si V. ama á otro no la volveré á molestar con mis impertinencias.

—Yo no amo á otro, me dijo.

—Pero tampoco me ama V. á mí ¿no es esto?

Un profundo silencio se siguió á estas palabras.—Pues bien, continué, si V. no me ama no por eso dejaré de apreciarla.

—Que injusto es V.

—No tal, no hago mas que hablarle á V. como un verdadero amigo.

En esto llegamos á México y tuvimos que separarnos, pero antes me dió Conchita algunas esperanzas, y con ellas volví á mi casa mas opulento que si hubiera adquirido las riquezas de Crespo.



LIBERTAD DE LA HISTORIA

POR EL BARON JOSE DE MANNO DE LA ACADEMIA DE TURIN. (1.)



ARA comprender bien cual es la extension de la libertad de la historia, es preciso fijar con toda claridad hasta qué punto les es permitido á los escritores revolver las acciones de los demas hombres, y juzgar de ellas, y sobre todo, de los hombres que han dejado de existir. Los muertos no pueden defenderse, y en el juicio siniestro que se forma de ellos se hostiliza siempre, asaltando sino el menor temor de las reprobadas; así es necesario proteger mas su reputacion que la de los vivos, pues estos están bajo la salvaguardia del temor que por lo comun inspira la reciprocidad. Al efecto, debe hacerse una distincion entre las personas que han dirigido los negocios ó las opiniones públicas, y los que han tenido una vida privada.—El hombre colocado por sus derechos ó por su fortuna en una posicion elevada, atrae hacia sí las miradas de los contemporáneos, y hace que se fije en él la atencion de la posteridad segun la parte mas ó menos activa que ha tomado en los grandes negocios de su época. De este modo la alabanza general y duradera compensa los trabajos que ha emprendido por el bien público, así como el desprecio ó la indignacion acompañan á su nombre y siguen á su memoria, si abusando de su poder ha causado la desgracia tal vez irreparable en muchas generaciones.

Por esta razon la vida de los hombres de que hablamos, puede considerarse como un gran proceso. Los contemporáneos reúnen la noticia, los razonamientos, los hechos patentes ó dudosos, las conjeturas y los indicios con la variedad y con las contradicciones que se encuentran siempre en boca de los testigos que de algun modo están afectados. La posteridad viene despues tanto mas justa cuanto mas distante se encuentra de todo aquello que pue-

de perjudicar á su imparcialidad; pronuncia su fallo, y la historia colocándolo en sus páginas inmortales, corona ó marca para siempre á todos aquellos cuyo nombre resiste al transcurso de los siglos, y cuyo recuerdo no se ha borrado con los intereses nuevos que cada edad trae consigo. Así pues, ¿la vida de tales hombres pertenece toda y exclusivamente al dominio de la historia? ¿Será permitido penetrar hasta los mas ocultos rincones de su vida privada y publicar sus secretos domésticos? La cuestion es importante, y para poderla resolver, se debe considerar atentamente la naturaleza de estos secretos.

Podria decirse primeramente que para los hombres de un rango elevado, no hay, hablando con propiedad, una vida privada. Los hombres de una posicion elevada se asemejan en algo á los cuerpos celestes, cuyos movimientos, aberraciones y eclipses observa todo el mundo, mientras que los objetos terrestres solo se ven en un espacio muy limitado; á esto se agrega que la rectitud, la magnanimidad, el buen sentido y todas las demas virtudes necesarias para el manejo de los negocios públicos, están fundadas sobre las mismas cualidades del corazón y del espíritu, que se han manifestado mas ó ménos, pero no son diversas, bien sea que hayan sido empleadas en bien universal, ó bien que hayan servido para la dicha doméstica. Así es que las acciones privadas adquieren en los hombres públicos un grado de importancia que no tienen las acciones de los hombres comunes, y aun algunas veces se atiende mas á esas acciones privadas, que á los hechos mas notorios, cuando se trata de juzgar del verdadero mérito de los hombres: porque las acciones públicas dignas de consideracion en estos juicios, no pueden reproducirse frecuentemente, en tanto que las acciones privadas que se suceden diariamente, realzan el mérito para

[1] Publicamos este artículo conforme ofrecimos á nuestros suscritores en la nota de la página 106.—[Los redactores.]

ser elogiados ó criticados, proporcionando un medio mas seguro para conocer lo que se debe esperar y temer de esos mismos hombres en negocios de mayor importancia. De este modo el amor hacia la familia, es el pronóstico de un gobierno paternal, y por la moderacion de los gastos privados se prevee el cuidado de la economia pública; por la eleccion de amigos sabios y discretos, la direccion que se seguirá en la eleccion de los empleados del estado; por la severidad de las costumbres, la proteccion que se dispensará á la moral pública, y por la religion del oratorio, el respeto que se tendrá á las creencias religiosas del pueblo.

El historiador que investigue con decencia las acciones domésticas de los hombres públicos, no viola ninguna de las reglas morales, y se aprovecha de estas investigaciones no solo como de un medio, algunas veces necesario para elevarse á otros descubrimientos mas importantes, sino aun para poder juzgar con mas seguridad de los grandes acontecimientos, que apesar de su brillante apariencia, están muchas veces dirigidos por motivos muy humildes, por no decir abyectos; de manera que con mas dificultad encontrará la verdad en los discursos solemnes y en las piezas que se llaman auténticas, que en las ocultas tradiciones del hogar doméstico.

Si se reconoce la pureza de estas investigaciones, tambien se reconocerá en seguida su oportunidad, especialmente en razon de la grande importancia que en si mismos tienen todos los hechos, por ligeros que sean, cuando pertenecen á los hombres históricos. La curiosidad de los lectores, siempre desea de estas nociones, bien sea porque se experimente una noble satisfaccion admirando las costumbres virtuosas, aun cuando no tenga testigos, ó bien sea que se experimente un sentimiento de diversa naturaleza, viendo que la vida pública de ciertos hombres, es una vida teatral, y que después de que se retiran los espectadores, la naturaleza vuelve á tomar sus derechos, y el héroe se convierte en un hombre comun.

Entre los hombres públicos pueden colocarse á los escritores, y el juicio que de ellos se forma, puede mirarse como uno de los derechos mas sagrados del historiador. Los demas hombres públicos, generalmente están precisados por los derechos de su nacimiento, por las necesidades ó por las conveniencias de su familia, á sujetarse á esos deberes que los hacen responsables para con el público de sus acciones. Hay pues en su destino algo de obligatorio y neces-

sario. Mas el papel del escritor es enteramente libre y voluntario, pues ha preferido la gloria literaria á la apacible meditacion, á la dulzura de los estudios privados y á la educacion doméstica de su espíritu. El hombre que publica sus trabajos tiene por lo comun en sí un gérmen de orgullo, y cuando un escritor toma la pluma para comunicar sus ideas á los demas hombres, bien animado por la conciencia que tiene de si mismo, ó engañado por un amor propio, dice en lo interior de su alma: „Apartaos de mí, hombres vulgares, y honradme.“ Esta pretension es acogida por los lectores de sus obras, quienes examinan rigurosamente lo que hay en ellas de nuevo y de útil, y si la pretension ha sido presuntosa ó ligera, es muy justo que la burla pública acompañe al escritor temerario, ó que la indignacion general castigue al escritor maligno; de aqui es que ni aun el respeto debido al sepulcro puede libertar al escritor impío ó libertino, ó enemigo del bien comun, de la censura perpetua de la posteridad, la cual no solo tiene el derecho, sino tambien el deber de revelar los defectos de los racionios del escritor, de combatir sus opiniones, de demostrar el abuso que ha hecho de su ingenio y de aclarar los artificios en que algunas veces haya fundado la ilusion que hace parecer ingeniosas las cosas que no lo son. Este deber, no obstante, deja de ser imperioso cuando la abundancia de los malos libros lo hace impracticable. La moralidad de los escritores está en razon directa de la de los hombres. El menor número de estos es el de aquellos que aunque libres de toda sugestion, de toda ley, de todo temor, serian sin embargo llevados siempre por su probidad á obrar bien. El mayor número tiene necesidad de estar reprimido, de manera que la imposibilidad de hacer mal es lo que por lo comun dispone á los hombres á contraer el hábito del bien. Lo mismo sucede con los escritores, la facilidad de los estudios, la corrupcion de las doctrinas y la inundacion de obras de todo género, dan un valor extraordinario á todos los que quieren lanzarse en la misma carrera, mientras que esta misma irrupcion de escritores hace por una parte que se tenga menos fortuna para ser distinguido de la multitud, se tiene tambien mas razon para presumir que se nos dejará á un lado, y que de este modo se evitará el desprecio público que en otro tiempo inspiraba algunos temores saludables. Entre tantos escritores, no puede ser el mayor número el de los mas hábiles ni el de los mas honrados, de modo que la literatura es mancillada por la

afluencia de los malos escritores y profanada por la de los escritores ineptos, y la libertad de decirlo todo, que es mas peligrosa porque es mas facil que la libertad de hacerlo todo, nos conduce de impiedad en impiedad hasta destruir los fundamentos de la sociedad trumana. He aqui porqué después de tantos libros que se han publicado sobre el provecho de la lectura, seria ahora muy útil escribir un tratado para hacer que los hombres leyesen poco, asi como Temistocles no muy satisfecho con la oferta que le hacia Simonides, de vigorizar su memoria, le respondia que quedaria mas satisfecho, si en vez de enseñarle el arte de conservar el recuerdo de las cosas, le manifestase lo que deberia hacerse para olvidarlas.

¿Qué se diria segun esto de las acciones privadas de los escritores? ¿Es permitido al censurar al autor, juzgar tambien del hombre? Creo que debe hacerse una distincion entre los grandes escritores y los escritores comunes, y que debe seguirse con relacion á ellos la misma regla que se ha establecido para los demas hombres públicos. El crédito adquirido por los escritores célebres, bien sea que solo hayan sido ingeniosos ó que hayan sido tambien innovadores, da á sus opiniones la autoridad duradera de una escuela. Es permitido, pues, emplear tambien las armas del descrédito personal contra esos hombres que han corrompido algunas veces los destinos de muchas generaciones. Entonces es permitido manifestar sus excesos, los despreciables motivos de su celo y las pasiones innobles que los dominan, y de decir de su habilidad y de su talento lo que decía Ciceron de los esclavos de Siria que eran tanto mas malos cuanto mejor sabian la lengua griega. La seguridad general es entonces un motivo muy justo de hostilidad, del mismo modo que cuando la posicion de un buque particular favorece á nuestros enemigos, es permitido combatirle.

Pero se deben mas consideraciones al comun de los escritores, los cuales están ya sujetos á la censura por lo que respecta á sus obras. Por lo demas, en atencion al poco ruido que han hecho en el mundo, deben ser vistos como hombres privados, protegidos por la ley general. Feliz el escritor que halla sido colocado en esta condicion, no por la naturaleza de su talento, poco susceptible de trabajos de mayor importancia, sino por la moderacion de su espíritu y por su amor á la tranquilidad.

Hay ciertamente algunos hombres estimables dotados de un entendimiento despejado,

de un juicio sólido y de imaginacion viva, cuya alma podria lanzarse hasta la mas ardiente invectiva ó el mas fino sarcasmo, y que se dejarían arrastrar por las pasiones que inflaman el corazon de tantos escritores que han conseguido alguna gloria con cualidades intelectuales muy inferiores; pero ellos han creído que el torrente de las edades gira y dispersa el mayor número de celebridades, y que el renombre literario está sujeto á muchas vicisitudes; por las cuales aun los trabajos mas dignos de estimacion quedan siempre en la obscuridad: ellos pues amarían la gloria, porque quedase alguna memoria de su nombre, al ménos en su pais natal; pero no darian ninguna importancia á esa popularidad, que por otra parte es muy prodigada para que pueda ser apreciada, muy injustamente atribuida para que pueda satisfacer á los deseos de un hombre sabio, y muy peligrosa é inquitadora para que pueda ambicionarse por un hombre prudente.

No puede pues hablarse de las acciones privadas de los escritores, sin notar tambien que en el número de las cosas que les pertenecen y que deben ser respetadas por la posteridad, deben comprenderse sus obras inéditas. El abuso que se comete constantemente con ellas, me autoriza á lamentar esta violacion de la última voluntad de los literatos, siempre que ocultando sus obras han dado fácilmente á conocer que las consideraban imperfectas, mal concebidas ó reprobadas. Cosa extraña es, á la verdad, que este prohibido trasgredir la voluntad de un mismo hombre, aun en las cosas mas triviales concernientes á sus bienes materiales, y que no exista esta prohibicion por lo relativo á la propiedad mas sagrada, á la de las obras del espíritu. Debe tambien lamentarse el mal que de este modo se hace á la reputacion de los autores, porque las producciones del entendimiento como las de la naturaleza, maduran por grados, y algunas de ellas estan como los frutos naturales, sujetas á no madurar.

Con estas notas hemos aclarado ya la parte de nuestro racionio en lo relativo á la vida de los hombres privados. La ley moral que prohibe divulgar todo aquello que menoscaba la reputacion de otro, está fundada sobre los mismos principios, por los cuales cada particular está resguardado de las invasiones, de los daños y del desorden en sus posesiones y en sus derechos; y qué es por ventura ménos apreciable la honra del hombre, que el menage de su casa ó el producto de sus tierras? Verdad es

no obstante que se obedece mas bien á la ley amenazadora que protege estos derechos materiales que á la ley desarmada, cuyos principios hemos considerado. No diré que debe desearse mayor rigor en las leyes que aseguran en algunos de los casos espresados la reputación de los ciudadanos; tampoco observaré que la sentencia judicial del culpable, no hasta á la reparación del mal que se ha hecho, pues á veces el escándalo de un proceso agrava la desgraciada posición del calumniado, expuesto de esta manera á una publicidad que la prensa periódica hará resonar por todas partes, á fin de que todo el mundo se informe de nuestros negocios mas ocultos, y que las personas á quienes jamas hubiera debido llegar nuestro nombre, se entretengan con pormenores curiosos de nuestros asuntos domésticos, ó con las debilidades de una esposa. Mas esto es del resorte del legislador, y limitándome á la parte literaria diré únicamente, que en unos días, se ha dado mas ensanche á esta licencia por el abuso que se hace de las publicaciones conocidas bajo el nombre de *Memorias*.

La dignidad y gravedad de la historia no debe permitir que se las degrade hasta la narración de hechos vergonzosos ó de objetos despreciables. Las memorias han dado acogida favorable á estos desechos de la historia. Todo el intervalo que hay entre las mantillas de la infancia y la mortaja sepulcral, está lleno por el escritor de memorias, y el respeto debido al hogar doméstico, es para él una cosa desusada, de manera que en lo de adelante los muros y la confianza doméstica servirán para abrigar á los hombres del rigor de los meliores, pero no impedirán que las miradas del autor de memorias penetre en el interior de vuestra casa, y que por sus revelaciones todo el mundo pueda saber en qué día y con qué motivo habeis abandonado la decencia ó faltado á algun deber, contará las asechanzas que se dirijan contra vuestra tranquilidad doméstica, vuestros errores en la elec-

ción de la compañera de vuestra vida, vuestros gastos excesivos, los médicos por que habeis aumentado vuestra fortuna y todas las intrigas de una vida agitada ó desgraciada, y todo con el fin de poder vender mejor su manuscrito escandaloso.

En este género de trabajos literarios, hemos degenerado de los antiguos. Los *comentarios* de los romanos, que correspondian aun en el nombre á nuestras memorias, solo servian para uso de las familias. Un esclavo ó un liberto era el encargado de redactar estas efemérides, que contenian todos los hechos de la casa y todos los pormenores del servicio doméstico. Las cosas de interés mas elevado, aquellas que miraban á la república, eran escritas por personas de mayor gerarquía. Suetonio hace mención del cuidado que ponía Augusto en la redacción de estas memorias. Acostumbraba despues de cenar sentarse en su cama, pues los antiguos amaban mucho esta posición tranquila, y el silencio de su recámara para meditar mas á su satisfacción, y para escribir con mas comodidad sobre sus rodillas, segun tenian de costumbre. Encerrado en esta *lecticula incubatoria*, asentaba diariamente todos los negocios relativos al estado, y continuaba en este trabajo hasta que la noche estaba muy avanzada; Augusto daba tambien gran importancia á los otros comentarios domésticos, habia acostumbrado á su hija y á sus sobrinas á los trabajos de las lanas, y habia mandado que no solo los trabajos, sino aun las conversaciones de su familia fuesen públicas, con el fin de que se pudiesen tener presentes en los comentarios.

Facil es conocer por estas consideraciones generales, cuán necesario y útil seria que se pudiese, de una manera cierta y siguiendo el ejemplo de los autores mas acreditados, determinar y fijar los limites de la libertad y de la licencia historial.

(Traducido por P. T.)



LA PATRIA.



N todo tiempo es útil fomentar el amor á la patria; pero es casi necesario, cuando una Nación se halla, como nosotros, amagada de una guerra extranjera; por que entonces, mas que nunca, necesita de los esfuerzos y sacrificios de sus hijos; en una palabra del verdadero patriotismo. Esto explica el motivo que hemos tenido para traducir el artículo que se sigue, y creemos agrada á nuestros lectores, tanto por el noble fin que nos animó á hacer la versión, cuanto por el mérito que en si tiene, como todo lo que salió de la maestra pluma de Joly. Este le da el título de meditaciones; pero para nuestro objeto conviene mejor, y nos hemos tomado la libertad de darle, el que se ve al principio de este artículo.—A. M. de C.

A tous les cœurs bien nés, que la Patrie est chère.
Voltaire.

Las fatigas del cuerpo hacen perezooso al espíritu. Me dirigia yo á Lyon sin hacer memoria de los lugares que poco antes habia dejado, ni pensar en los que iba yo á visitar; mas el estribillo de una canción de Beranger me sacó de esa especie de letargo, que no era verdadero sueño. Un cochero (cuyos sentimientos estaban en perfecta armonía con los que el poeta ha expresado con tanto acierto) cantaba con voz sonora y animada las copias tan conocidas, cuyo final son estas palabras que manifiestan un deseo propio de todo hombre bien nacido: *Isabelle, oh, patria mia!*

Volney, y antes que él Voltaire, ese hombre admirable que parece haber agotado cuanto hay que decir y que pensar; supusieron que una voluntad omnipotente habia convocado á todas las naciones en los campos de la inmensidad, para dirigirles esta pregunta: ¿Quien es Dios?

Pues si á esa misma asamblea de todos los pueblos de la tierra se la interrogase ¿qué cosa es la patria?

Franceses, ingleses, tártaros, Samoyedos; á una voz responderian: es el campo en que vimos la primera luz, donde nuestras madres nos arrullaron en la infancia, donde hemos amado, donde hemos padecido; es la roca de nuestra playa, el viejo roble que plantaron nuestros padres, el techo de mármol ó pajizo bajo el cual nos mecieron en la cuna, lo es en fin, el sepulcro hereditario en que nuestros abuelos nos aguardan.

Las naciones libres y civilizadas, ven tambien á la patria en los gloriosos recuerdos que ella les trae á la memoria, en las instituciones á cuya sombra se han educado, en los derechos que ella les garantiza.

„La patria (ha dicho Jaucourt filósofo del siglo 18) es la tierra, que tienen interes en conservar sus habitantes, de la que ninguno quiere apartarse, porque nadie abandona voluntariamente su reposo, su gloria, su felicidad. Es una madre que á todos sus hijos ama, y que no hace distinción, sino de aquellos que por si mismos se distinguen. Si permite que entre ellos haya ricos, es con la condición de que no haya pobres; si consiente en que haya grandes y pequeños, tambien protege al débil contra el fuerte; y aun en medio de este tan desigual repartimiento, conserva cierta especie de igualdad, franqueando á todos el camino de los puestos mas elevados; creeria la patria no haber hecho nada por sus hijos dandoles el ser si no les procurase al mismo tiempo su bienestar. Es un poder tan antiguo como la sociedad, fundado en la naturaleza y el orden; una potestad superior á todas las que ha establecido en su seno, ora se llamen éforos ó arcónes ora consules ó reyes; una potestad á cuyas leyes igualmente están sujetos los que mandan en su nombre, como los que obedecen; una divinidad en fin que solo acepta las ofrendas para distribuirlas, que exige mas afecto que temor, que se sonrie al hacer el bien, y que llora al lanzar sus rayos.

El gefe de una tribu de Iroqueses, viendose urgido por los diputados de la Colonia France-

sa del Canadá, para que se estableciera en el otro lado del Río que lleva ese nombre, les dijo así: „Nosotros hemos nacido en esta tierra, en ella están sepultados nuestros padres, díre-mos á sus huesos: ¡levantaos y venid con nosotros á una tierra extraña? Los Holentotes, arrojados á un extremo del Africa entre sus feroces enemigos y los Europeos, mas temibles aun para su libertad, ¿consentirán jamas en abandonar el suelo patrio, donde los amenazan sin cesar la esclavitud y la muerte? El adagio tan repetido: *„ibi bene, ibi patria“* no es verdadero sino en boca de un cortesano ó de un esclavo; y la mayor parte de los Europeos ha podido hace mucho tiempo, y puede aun sin ingratitud, decir con el judío de Para: me arrojaris de aquí nada me importa. Yo sacudiré el polvo de mis pies ó iré á buscar en otra parte otros hombres con quienes traficar; que me arruinarán, pero á quienes yo engañaré si puedo, y de los que me separaré con la misma indiferencia con que ahora os dejo á vosotros.”

El amor de la patria nace y se desarrolla con la razón, y no se extingue sino con ella: abraza todas las vicisitudes de lo presente, todas las glorias de lo pasado, todas las esperanzas del porvenir. Un verdadero patriota es aquel que (con mas verdad que el Cardenal de Retz, puede decir al espirar: „En los tiempos aciagos no he abandonado yo á mi patria; en los bonancibles no he tenido otro interés que el suyo; y en los desesperados jamas me he dejado vencer por el leonor.“ Triunfos, glorias, honores, amigos, deudos y familia, todo lo encierra en si esta mágica palabra „Patria“ á todo es preferible, por que todo lo que es distinto de ella es menos que ella: por su existencia todo se sacrifica, por que la ruina de la patria arrastra consigo la de los ciudadanos, y la pérdida de todos los bienes, cuyo goce nos asegura.

Y ¿gloriarán acaso patria los pueblos esclavos? ¿la tienen los hombres que al oír la palabra libertad lloran y muestran sus cadenas, que están anonadados por sus gobiernos, que las leyes los han dejado como blanco de los ultrajes del mas fuerte y que maldicen á toda hora la tierra que cultivan para unos años duros y avarientos? ¿La tenían tambien nuestros abuelos en el siglo VI. cuando los cosacos, esos nobles descendientes de los Sicambros, vinieron á destruir la libertad de las Galias; cuando era prohibido á los seglares sentarse á presencia de los clérigos, al artesano, al comerciante, al labrador; el pasar delante de un Sicambro sin hacerle una profunda reverencia?

No hay patria si no hay libertad; pero con esta ¿pueden cara no es la patria! ¿Qué sacrificio habrá que no esté dispuesto á hacer por ella un generoso corazón? „Si no habeis podido sufrir la dominacion de un hombre como Cetro, ¿podreis ¡oh padres conscriptos, tolerar la de un hombre como Antonio? Por lo que á mi toca, y lo digo en alta voz, en mi juventud defendí la libertad; ahora anciano tampoco la abandonaré. Yo que desafié al puñal de „Catilina, no he de temblar, por cierto, ante la „espada de Marco Antonio; muy al contrario, presentaré mi pecho al golpe que me amenaza, con tal que yo tenga esperanza de que el peñón de mi muerte, despierte en el corazón de „los ciudadanos los sentimientos que me animan, y que el dolor del pueblo romano lo impulse á destrozar el yugo que se le prepara.”

„Veinte años hace ya, padres conscriptos, que en este propio templo decia yo: *„Por mas joven que muera un cónsul que pierda la vida en el servicio de su patria, no es en verdad, su muerte prematura. Y usaria yo de otro lenguaje, al hablarlos hoy de un viejo que viene á ofrecerse como victima? ¿Que puedo agregar mas glorioso que la muerte, si por ella consigo librar al pueblo de toda esclavitud, si por ella cada ciudadano podrá ser feliz ó desgraciado en proporcion que haya servido bien ó mal á la patria?”*

Por la patria vuelve Régulo á Cartago á morir en un suplicio. Por ella el rey Juan, despues de la paz de Brétigny, torna á Londres para acabar sus dias en su prision. Por la patria tambien dejan voluntariamente su pais natal los Laudemonios Spertis y Buris y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y se presentan „Nuestros compatriotas han dado muerte á sus embajadores: este es un crimen, y nosotros venimos á espiarlo. Sea cual fuere el suplicio á que nos condenes, estamos preparados á sufrirlo.” Lleno Jerjes de asombro por una virtud tan heroica, perdona el ultraje que habia recibido; pero quiere comprometer á Buris y Spertis á que permanezcan á su lado; y la patria es la que dicta su respuesta: *„Cómo, le dicen, como podremos abandonar nuestro pais, nuestras leyes, y á unos hombres tales, que hemos venido aquí á morir por ellos?”*

Encendido una vez el amor de la patria, no puede ya extinguirse: por que este fuego celestial vive y se conserva bajo las fecundas cenizas de los recuerdos. Si preguntamos á los Coptos, que arrastraron una vida miserable en-

tra los escombros de la ciudad del Sol, nos responderán llenos de orgullo: Egipto, nuestra patria, fué el manantial de las luces, y la cuna de las ciencias. Los judios, desterrados de las ruinas del Jordan, errantes de un pueblo en otro por espacio de veinte siglos, alimentados con el oprobio y la persecucion, se consuelan con sus recuerdos religiosos, y jamas oyen sin júbilo, resonar en los aires el dulce nombre de Israel.

La libertad, nacida bajo el brillante cielo de la Grecia y de la Italia, es una planta indígena de estos venturosos climas. El hierro de los barbaros la ha segado, y ya no cubre con su sombra el suelo natal; pero en esta misma tierra que huellan sus opresores ha dejado hondas raíces, indestructibles, y siempre prontas á echar otros nuevos tallos.

Dos mil años han transcurrido desde que las repúblicas de Grecia fueron á sepullarse en el océano de Roma: veinte siglos han pasado sobre los restos de Camilo y de Scipion: manos esclavas conducen el arado por los campos en que Tebas y Lacedemonia fueron: la ciudad eterna está llena de monges y vacía de ciudadanos. Sin embargo, Grecia y Roma viven en la memoria de todos los pueblos de la tierra: cada siglo aumenta su gloria y acrece su honrrada. sus monumentos son consultados por los artistas, sus libros por los sabios, sus leyes por los jurisconsultos de todas las edades, y de todos los países. La antigua Grecia no pertenece al resto del mundo sino por sus juegos olimpicos. Sus legisladores, sus poetas, Licurgo, Homero, Demóstenes, Sócrates, Milciades, Agésilao, Aristóteles, no son para nosotros mas que grandes hombres; pero estos grandes hombres son los antepasados de los griegos modernos, sus nombres venerables han sido pronunciados en las márgenes del Cefiso y del Eurotas, repetidos por los ecos de Maraton y del Taygeto, y ya los tímidos habitantes de la Morcia, levantando sus envilecidas frentes y sus brazos cargados de cadenas, despiertan con los recuerdos de la patria, y piden á los pueblos libres, vengadores y armados. Cada día parece que la aurora se levanta, para alumbra la restauracion de la Grecia: en cada mensaje que llega del oriente se espera leer estas palabras: *„La Grecia es libre...“*

Y ¿qué hombre honrado, no abrigará estas magnánimas esperanzas, que alimentan los oprimidos hijos de la brillante Atenas, de la virtuosa Lacedemonia, de Tebas la esforzada? Qué generoso corazón no deseará, con la mayor vehemencia, que se apresure el día en que otro

Flamio anuncie á todos los griegos: *„que en adelante libres de toda traba, seguros de toda estorsion, vivirán según sus antiguas leyes y en una completa libertad, los habitantes de la Fócide, de Corinto, del Peloponeso, de la Acaia, de la Licride del Negroponto, de Magnecia, de Trólide y Tesalia. Los Tiberinos (aunque abatidos como los griegos no tan despojados de su antigua gloria) toman un aire amanzador al mostrar á un extranjero los restos de la grandeza romana, y su pecho se inflama relatando las virtudes del Pueblo-rey. Desde lo alto del Capitolio, señalan la columna Bética, á donde subian los cónsules para disparar la flecha hácia el pais á que Roma enviaba la guerra; y el templo de Belona en que se congregaban los senadores para recibir las embajadas, y resolver sobre la solicitud del general que pretendia los honores del triunfo.*

Ya no somos por ventura nosotros descendientes de esos Galos, célebres por su franqueza, y que poblaron la Europa con sus colonias, sin abandonar por esto el suelo que los vio nacer; cuya aparicion en qualquiera punto de la tierra, siempre bastó á decidir de la victoria; que condenaba á muerte al que llegaba el postero al consejo, ó al campo de batalla; que marchaban al combate coronados de flores; que consagraban su espada á la patria, y su corazón al culto de la hermosura que á toda hora abrían la puerta al desgraciado, al débil, al extranjero, y que la cerraban por la noche apesadados cuando su huésped no habia llegado? ¿Y no somos hijos de esos Galos entre los cuales fundaron los druidas la mas antigua escuela de filosofia, de que hay memoria en los anales del mundo; de esos Galos tantas veces vencedores de los romanos, y á quienes el mismo Cesar no llegó á vencer despues de diez años de combates, sino arrojado á los unos contra los otros? ¿Cual es el pueblo de la tierra en que la poderosa voz de los recuerdos halla despertado pensamientos tan grandes y patrióticos, como en los hijos de esta antigua Galia, cuyo origen se pierde en la profundidad de los tiempos?

Quando el hombre entrega su espíritu á vagas meditaciones, ó abandona sus miembros al reposo; no tiene sino una confusa idea de su agilidad y de su fuerza. Quando no se ve acosado del dolor ó la necesidad, cuando callan sus pasiones; no experimentan sino un sentimiento vago de su violencia y energia. La salud, los dulces hábitos de la vida domestica, la sociedad con sus amigos, la concurrencia